

IV Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile, 2001.

Memoria y Conciencia Utópica: Una Arqueología desde la Ausencia.

Juan Carlos Rodríguez., Pablo Miranda. y Pedro Mege.

Cita:

Juan Carlos Rodríguez., Pablo Miranda. y Pedro Mege. (2001). *Memoria y Conciencia Utópica: Una Arqueología desde la Ausencia*. IV Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/iv.congreso.chileno.de.antropologia/93>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ef8V/1mH>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

extensión, por debajo de la fosa, y hacia el norete y noroeste de la unidad de excavación, donde se observaron sectores de tierra más suelta. Y el esqueleto fue entregado a personal del Instituto Médico Legal para su identificación.

Finalmente la excavación determinó que la fosa tenía un largo máximo de 2 m, un ancho máxima de 0,60 m y una profundidad máxima de 0,76 m (ref. vértice NW=0).

Elementos asociados

Directamente asociados al esqueleto se encontraron fragmentos de material textil de diferentes tipos, parcial o severamente quemados compatibles con prendas de vestir: a) género de trama gruesa, de color café compatible con chaqueta; b) genero blanco con cuadrículado tejido en la misma trama compatible con camisa; c) tela de color café claro compatible con pantalón (esta pieza fue encontrada justo debajo de la zona de los coxales); d) tela sintética carbonizada de color azul marino o negro, compatible con calcetín.

En la extensión oeste, a 48 cm del límite de la unidad original (cuadrícula 1), y a una profundidad de 35cm desde el nivel 0, se encontró una vainilla correspondiente a un proyectil de 7mm, el cual, no obstante, no presenta asociaciones contextuales

Para el harneo de tierra se utilizó un amalla de 5 mm, y desde la cual se recuperaron algunas astillas de huesos y algunos restos textiles.

Finalmente se tomaron algunas muestras de tierra carbonizada ubicada en los bordes de la fosa.

Consideraciones finales

Las excavaciones arqueológicas en el Fuerte Arteaga han dado como resultado hasta el momento el hallazgo, exhumación y posterior identificación de un esqueleto de DD-DD correspondiente a Juan Luis Rivera Matus.

Este trabajo pretende describir las tareas llevadas a cabo en terreno en el marco de investigaciones judiciales, así como los resultados de éstas. Con esto estamos dando a nuestra disciplina una revalorización social, a la vez que ésta se presenta como una técnica útil y necesaria para la solución de problemas de índole histórico y social del medio en que se desarrolla (historia Contemporánea).

Nuestra disciplina, que nace para el estudio del pasado, que desarrolla un cuerpo metodológico y teórico determinados útiles para tal propósito, y que se orienta hacia la reconstrucción de modos de vida a partir de los restos materiales, puede ser aplicable a un pasado reciente, en que los elementos de información son más cercanos, y que incluso están presentes en nuestra memoria. El aprendizaje que desarrollamos en nuestra disciplina de la lectura de los restos materiales, no sólo nos permite reconstruir eventos pasados, sino cualquier evento que derive tales restos. Por lo que es posible hacer un aporte social no solo en el ámbito patrimonial, sino que también contemporáneo y concreto. Esto acerca nuestro quehacer a un ámbito real y socialmente integrado.

Memoria y Conciencia Utópica: Una Arqueología desde la Ausencia

Juan Carlos Rodríguez, Pablo Miranda y Pedro Mege

"Entonces, ¿Para qué ir? La respuesta es que el que ha ido allí y experimentado el bautismo de la soledad no puede ya evitar volver".

(Paul Bowles, Cabezas verdes, manos azules)

La memoria simboliza y da cuenta del tiempo socialmente significado a través de la vivencia directa e indirecta, y de la inserción de los narradores en la trama de los acontecimientos,

constituyéndose en fuente de experiencia y saber, en recuperación y recreación de sucesos de otros tiempos y, sobre todo, en la posibilidad de transmitir el acervo cultural a las nuevas generaciones. Esta memoria se transforma en colectiva cuando los saberes individuales se convierten en sociales y cuando la comunidad los hace suyos al arrastrar el pasado y reubicarlo en el presente de acuerdo a las necesidades del hoy.

El presente trabajo, es parte de una investigación etnográfica, la que intenta mostrar los rasgos utópicos de la memoria entre los pampinos de María Elena, último pueblo salitrero de Chile, y últimos representantes de esa tradición laboral, los que enfrentados a la posibilidad cierta del cierre del pueblo, tal como ocurrió recientemente con Pedro de Valdivia (1996) y todos los otros pueblos y oficinas en el pasado, realizan una lectura redentora, paradisíaca y desiderativa, más que trágica del mundo del salitre.

Desde la antropología, entonces, tenemos un fenómeno en curso, un relato que se está escribiendo, en la medida que observan que el futuro es amenazador, aun cuando es conocido. Sienten que los días del fin se aproximan o los están viviendo. Ello desencadena el tener a la vista el término de una experiencia de vida en un espacio con características únicas, lo que en el fondo plantea nuestras interrogantes de investigación: cómo se lee y revisita la propia historia colectiva desde la subjetividad y la contingencia; cómo se ordena el lugar y se redimensiona el espacio desde el presente; cuáles son los mitos y los sueños del pasado y futuro que alberga el mirar la vida en la pampa como una experiencia singular y única, y desde la consideración de ser "los últimos pampinos", los depositarios de la tradición que se extingue; cuál es el valor afectivo y simbólico que poseen los objetos materiales del salitre y los relatos que arrancan de ellos; cómo se institucionaliza la historia para crear verosímiles y certidumbres a través de revistas, pasquines, libros y relatos que intentan recordar; además, qué tipo de héroes culturales surgen de la trama constituida desde esta visita al pasado; y finalmente, cómo se gesta y con que exaltaciones y omisiones la memoria del salitre, antes que caiga el telón en María Elena, el último pueblo salitrero.

I. El "falso apóstol" y el reino imaginario

Tal era el tamaño de la esperanza que, Marcial Figueroa (1931: 34), llega a sostener que ni el mismísimo San Pedro, era capaz de ofrecer en las puertas del Reino lo que el eco del norte despertaba entre los campesinos de la zona centro y sur. Dice, "era como la copiosa y benéfica lluvia caída del cielo" (ibid. 34); salarios inimaginables, artículos diversos a precio de costo en las pulperías, buenas habitaciones, vida baratísima. Quien quería podía hacerse rico en poco tiempo. Nunca resultó sospechoso. El hombre venido de la California del oro blanco lucía como pocas veces se

había visto tan engalanado a un trabajador. Enviados por la empresa, llegaban a los pueblos en busca de trabajadores que ya no podían vivir de la hermosura del paisaje, despertando inmediatamente la curiosidad de los lugareños.

Eran, por lo general, ayudantes de confianza del jefe, y distinguíanse por su ropaje: terno, sombrero estilo Tarapacá y pañuelo al cuello; el oro que mostraban en sus falanges y relojes, cuya cadena áurea caía vistosamente; y una sonrisa destellante que cegaba a los incautos. Se alojaban siempre en el mejor lugar del pueblo, y con una gran naturalidad hacían ostento, gastando dinero en la mejor cocinería y bar, de modo que la perplejidad comenzara a hacerse cargo de los atónitos parroquianos. Después de darse a conocer con este rutilante despliegue, al día siguiente anunciaban a los cuatro vientos que, quién quisiera dirigirse a trabajar a la región salitrera a ganar buenos jornales, casado o soltero, se acercara al hotel o restaurant a inquirir detalles sobre esta magnífica posibilidad.

Eran embaucadores profesionales y de lengua narcotizante que sedujeron a campesinos analfabetos a dirigirse a una tierra de vida fácil, al Dorado, que se ubicaba en esa porción terrosa de los mapas escolares (Rivera Letelier 1997: 157).

II. Pioneros y colonos

La epopeya del salitre es la inauguración de una identidad en la que se mezclan, entrecruzan e invaden perfiles económicos, sociales y culturales inequiparables, que se conjuntan para producir una historia larga, épica y agónica. Son ingleses, americanos, peruanos, bolivianos, chilenos, italianos, yugoslavos, árabes y chinos, quienes miraron durante años en todas direcciones tratando de encontrar un centro en medio de la tierra calcinada e infinita, pero este estaba ahí, en todas partes. Es como una esfera que se disuelve y escabulle a cada momento, cuando el hombre intenta crucificar un lugar. Es el infinito vacío.

Llegados desde el mas allá, el hombre, la mujer y la prole se vieron enfrentados por primera vez a los cerros cíclopes y estériles que tocaban el cielo en el puerto de desembarque. Los venidos del sur presenciaron desde la cubierta del vapor lo que no tenía palabras para ser nombrado. No había analogía ni semejanza posible con nada conocido; la lengua de la tierra no tuvo palabras para habérselas con la monotonía del paisaje. El pliegue angustiado de los labios de quienes venían del verde se transforma en el primer referente

de lo imposible. Luego, sólo la lenta marcha del tren que se encargaba de ganar metros, serpenteando el arenal, las rocas y la nada, el que en fatigada marcha - de más de siete horas- salía desde el Puerto de Antofagasta para detenerse en el pueblo de Pampa Unión, los acercaba hacia el destino final, ese reino imaginario donde parecía no haber tiempo, sino sólo espacio.

Ahí, al llegar a la estación del pueblo, el estridente silbido salido de las fauces de la locomotora anunciaba el reposo de los sucios vagones que servían para el transporte de ganado tuberculoso, papas apolilladas, desecho de verduras y frutas, latas con grasas agusanadas, legumbres viejas llenas de piedras y tierra (Cobo 1971: 17), nitrato y de los incautos e inocentes iniciadores del "trazo mas profundo de la épica industrial" (Sabella 1978: 14) del que arrancará la rebeldía acrisolada en el silencio. Quizás es el último instante de sosiego que podrán recordar los afuerinos que durante días viajaron por la ruta de la esperanza, para agotar más tarde su cuerpo, masticar el polvillo errante, construir la película silicosa en los pulmones y ver crecer las llagas incurables bajo el sol inclemente y el frío insufrible del desierto.

Impávidos, malolientes, hambrientos, sedientos, fueron llamados con voz imperativa a bajar. Solteros y familias se desparramaron en la tierra ardiente y sedienta como estampida de hormiguero para luego alinearse temblorosos con equipaje en mano a las ordenes de un caporal; un trémulo y espasmódico silencio trapense, como entresueño, los hizo volver a la apacible orfandad conocida de los lares sureños. Sin excepción fueron asignados a las distintas oficinas del Cantón Central. Desde entonces, cada vez que el día despunta se recordará que la vida no es un pasatiempo.

Hace horas que el paisaje era el mismo. El sol parecía no moverse de sus cabezas. Nunca más tendrán en sus manos un puñado de cerezas; olas de polvo y silencio los acompañaran por el resto de sus vidas. Durante años buscarán una grieta en la corteza calcinada un lugar donde bulla el agua y el verde. Con el correr del tiempo, los hijos del trigo se vuelven "los centinelas de la pampa" (Sabella 1978: 27), y sólo ellos sabrán que el viento puede llevar al cielo a sus espaldas y que una estrella puede ser guardada dentro de un cascabel. Todo, todo puede ser en la tierra de la luz; todo puede ser imaginado y vivido.

En el páramo, las rocas no serán nunca mudas ni gratuitas. Murmurarán para siempre en un llanto seco. Ahí, con palabras de metal, se precipita la historia, en esa

piel del tiempo la seda se transformará en ópalo. Indefensos y extraños a la naturaleza calcárea y reseca, la muerte viajará en harapos por más de un siglo, pues sólo ahí " la tierra vive dentro de su propia sombra" (Sabella 1978: 119). Las preguntas se pegaron a la piel: ¿No era en todas partes lo mismo? ¿en algún sitio existían milagros? (Teitelboim 1996: 114).

Pasaran días, meses y años, antes que la pampa se vuelva hermosa y se le aprenda a querer. Serán la muerte y la vida, el amor y el odio, la piedra y la imaginación que arranca colores, las parejas del romance. Inicialmente, los hombres del norte se nutrieron del recuerdo de la vida en el sur, llegando a nombrar cada una de las máquinas con la familiaridad de los animales domésticos conocidos; analogías según las formas, tamaños y onomatopeyas bautizan la tecnología como chanco, ganso, pollo, cigüeña, etc. Ahí, entre recuerdo y olvido, entre el deseo de volver y el quedarse, se convirtieron en pioneros, y luego en colonos. La pampa, un océano de arena, un inconmensurable paisaje lunar, se llena de vida y de historias cotidianas y épicas, vividas e imaginadas.

Sabemos, arriba, en medio del Llano de la Paciencia y la Pampa del Miraje, se inaugura un estilo de vida; se hicieron familiares el cascarron terroso y las calaminas que hacían de vivienda, el gran sombrero alado, un pañuelo retorcido en el cuello y un pequeño tarro con agua salobre que serán parte de la compañía eterna. Abajo, de cara al mar, en Tocopilla, otra cabecera del ferrocarril, el periódico "La Correspondencia" en su edición del 31 de marzo de 1925, refrendaba el universo de las diferencias. Anunciaba a su distinguida clientela que, "en vista del incremento que esta tomando esta población día a día y para salir de una vez por todas de la rutina antigua", desde los siete mares había llegado una nueva partida de mercaderías que constituían el "ultimo grito de la moda": pieles de lobo, tigre, vicuña, de nutria, astracanes, además de antipastos, bacalao, centollas, espárragos, lenguas de corderos, mostaza francesa, ostras y salmón Morton, sardinas francesas y americanas, salsa Perrins, te de la india; Vermouth francés e italiano, whisky, champagnes, oportos, kummell, brandy, anís Crabanchel, bitter, etc. Historias polares, distinciones vividas, sentidas, imaginadas, dormidas y resucitadas, son las que obligan a preguntarse ¿desde donde nos enfrentamos al relato de la pampa? ¿ Desde el ser administrativo? ¿el campamento obrero? ¿el barrio americano? ¿los anacoretas que vivían en los buques? ¿desde los objetos dispersos en los basurales? ¿la literatura? ¿el movimien-

to obrero? ¿ la vida cultural? ¿ el mundo del trabajo? ¿ O preguntaremos a la última puta del pueblo sobre los secretos inconfesables?

Con cualquier énfasis, el relato de la pampa jamás se cierra. Siempre se abre y rejuvenece por doquier; más aun cuando la vida gestada en el viaje a lo desconocido enfrenta una clausura que puede ser la definitiva.

III. El entierro de los sueños

El hombre que llegó a laborar a la pampa se incorporó a una faena absolutamente distinta. Conoció por primera vez una industria, la que le obligó a conocer otros horarios de trabajo, salarios y un trato con un patrón que jamás había imaginado.

La idea de la vida fácil, esa vida mejor, nunca existió. Primero, cuando el pago era con fichas no había nada que guardar. Luego, cuando se remuneró con dinero, este siempre fue tan exiguo, que sólo alcanzaba para el diario, por lo que nunca se pudo ahorrar para concretar el retorno. De este modo, no es extraño que a lo largo de los años andados y desandados con lacónica voz se diga: "ir a Antofagasta era como ir a Europa con un sueldo de obrero... todo, todo valía tres, cuatro o cinco veces más".

La tierra prometida no existía y el enganchador, muchas veces -cuando fue reconocido- pago con su vida por su engaño.

Una crónica del El Mercurio de Antofagasta, del 1 de diciembre de 1920, referida a las condiciones de vida del obrero pampino señala: "... mientras en América del Norte y países civilizados de Europa, gastan los obreros un 40% a un 70% en alimentación, los operarios del salitre gastan sólo en alimentación entre 80% a un 90%, y a veces hasta un 100%" (op cit. Panadés 1991: 23).

La postergación de esa ilusión original de mejorar rápidamente las condiciones de vida de las cuales se huía, estableció una extraña connivencia entre los días de espera en medio del arrebol, las estrellas, el frío, el calor, la desolación y el vivir con la ilusión de volver a la tierra natal; a sentir nuevamente el abrigo de lluvia, la humedad, los pájaros, el bosque, el color.

Lo que parte siendo una situación transitoria, un interregno y suerte de trabajo esporádico, terminó siendo la única razón de sus vidas: formaron familias, llegaron los hijos, bautizaron a sus nietos, enterraron a sus deudos. Vieron crecer el pueblo, el reemplazo de la tecnología, el fin de las faenas, cerrar las oficinas e inaugurar otras, algunas levantadas con los restos de otras ya

clausuradas; fueron testigos del abandono, el saqueo y el despoblamiento de la pampa.

Hoy son los cementerios, esos miles de mástiles desnudos que recuerdan a los muertos que devoró el desierto y que despiertan la morbosa curiosidad de los viajeros de la ruta cinco norte, la imagen vívida del enlace generacional. A pesar del "sol del carajo", de ese "polvo de mierda" y de las condiciones de explotación en las que vivió permanentemente el obrero, se produce una extraña amalgama que oscila entre el odio y la maldición, y el amor y la adoración al entorno. Pero, finalmente, es el paisaje estéril quien gana la partida y los atrapa; la pampa, el arrenal y el trabajo duro, son lo único que se vuelve seguro en la vida. Por eso, tal como señala Hernán Rivera Letelier, muchos viejos jubilados optaron por quedarse a vivir en medio de lo que detestaron y maldijeron (Rivera 1997: 46).

La oficina salitrera constituyó el "sistema perfecto", pues era un lugar donde caminar dos cuadras lineales era enfrentarse con el despoblado, con el costral que obligó a herrar hasta las vacas, con la desolación más absoluta. Cada una de ellas tuvo su sala de cine a las que asistían -en tres, o a veces, hasta cuatro funciones diarias- las familias con sus mejores galas a ver alguna de las películas de cine mexicano. Tal vez, fue "la sana diversión", es decir, el auténtico control para encontrar otras historias y para restituir el verde perdido.

Así, se conjugan la intención del retorno: un día volveremos al sur; una interrogación lacerante y sin tiempo: ¿cuando? Y, en una respuesta circular: cuando podamos salir de aquí.

No hubo escapatoria. Se transformaron en hombres de la pampa.

IV. El refugio: los elementos de distinción

Los primeros hombres de cada cantón² y cada oficina aprendieron a convivir con todos los fantasmas que habían alumbrado su vida anterior: bosques, aromas, amigos, amores, desamores y familias. Pero, a pesar que un hombre puede tener suficientes recuerdos con un solo día vivido, el cine mexicano fue el evento primordial que permite la recreación del tiempo vivido a través del verdor, los animales y el trabajo agrícola que llegan en la imagen. Quizás, ahí radique en gran parte su popularidad y el gran recuerdo alojado en la memoria de los mayores.

Atrapados por el desierto, repartidos en distintas oficinas y cantones y conviviendo con el sol inclemente,

forjan una memoria de la distinción que puede llegar a convertir en un eufemismo el hablar de pampinos. Así, de modo intenso, al referirse los hombres y mujeres de la pampa a otros, se precipita un abanico de posibilidades de ser y representarse: "es de Pedro", es de María", "es de Coya" o "es de Vergara", en el caso de las oficinas y pueblos del grupo Toco; de igual modo, se dice "soy de Victoria", "soy de la Oficina Humberstone". Como se mira sólo hacia adentro de la pampa, el patrimonialismo resalta la peculiaridad de la frontera interna y externa que confirma la distinción frente a otros, lo que expresa el atavismo social que viene de ciertas jerarquías rivales construidas en el curso de los años; distinción que atiende no sólo a la identificación del lugar de origen sino al reconocimiento, valor, densidad demográfica, complejidad e infraestructura que las oficinas y pueblos tenían.

Las diferencias entre los hombres de la pampa siempre se encuentran al frente. Como autoafirmación de un particularismo, con regularidad se dice: "Pedro tenía ... María tenía... Vergara tenía...", la plaza más hermosa, las mejores viviendas, la mejor alberca, el mejor teatro, el mejor equipo de fútbol, y cuando correspondía, el mejor hospital. Pero esa distinción no sólo corresponde a la afirmación de la materialidad, sino al valor de su gente. El refuerzo de la distinción expresa el reconocer un panteón de héroes entre sus habitantes: "de aquí salieron las mejores orquestas que recorrieron Chile.... de aquí salieron deportistas de la talla de.... el mejor boxeador... el mejor equipo de fútbol...". Por ello, el cierre de una oficina o pueblo es la ruptura de los vínculos. Es la disolución de la cuadra, de la amistad y del compadrazgo, es observar como vagan entre recuerdos los hombres con la estirpe rota.

En el relato autobiográfico de Julián Cobo (1971) se confirma la idea de que sólo se puede mirar hacia el interior de la pampa. Y este señala, que cuando un obrero era despedido por alguna falta, situación que se daba generalmente en el caso de los solteros, se le hacía salir de manera abrupta del campamento, no quedándole más remedio que tomar su jergón, empaquetar sus ropas y hacer un bulto, debiendo cargar sus bártulos por largos kilómetros buscando un pueblo u otra oficina que le dispensara trabajo.

Recientemente, luego del cierre de Pedro de Valdivia, los que llegan a María Elena, el último refugio, sienten que se integran a un pueblo salitrero de segunda categoría: "María Elena fue un experimento... fue el borrador que hicieron antes de construir Pedro de Valdivia... a Pedro todos los años lo pintaban". Para estos

exiliados, separados por una frontera imperceptible de algo más de treinta kilómetros, se trata de morir un poco: llegar a "María Polvillo", para ellos es llegar a instalarse a las casas que sobran, es "estar en un lugar que no me pertenece".

Así, por ejemplo se recuerda: "cuando llegamos nos decían, hoy, señora, es martes, y es el día que lavo". Aquella afirmación que puede ser pueril, es el reflejo de la distinción, y significaba que el uso de los tenderos de ropa tenía una rutina prefijada y una prioridad a favor de quienes habían vivido ahí siempre. Igualmente, cualquier problema en la escuela de María Elena encontraba un chivo expiatorio y se transformaba en caso juzgado: es de Pedro, de Pedro tenía que ser. En sentido contrario, los juicios también fluyen con naturalidad: "Ud. conoce al tiro una casa donde vive gente de Pedro... la casa está siempre limpia... el jardín siempre esta cuidado". La discriminación se da en ambos sentidos, es mutua.

En un pueblo como María Elena, recuperar el pasado a través del relato, es decir, del referir y referirse al tiempo vivido y no vivido, no sólo precipita la distinción, sino se convierte en una exultación, como si la ciudad viviera en un insomnio permanente, negando en buena parte el mundo del trabajo para privilegiar los atributos de la vida cultural. El tiempo perdido es tiempo intenso, y se exuda vida, quizá porque aun se puede recordar.

Al final, en María Elena, un otro de otros, de aquellos llegados de Pedro de Valdivia que distingue y huele el fin, mientras se recorta el cabello en la peluquería de "Tira Tira"³, se sumerge en medio de un cuerno de niebla que oscurece las distinciones y con un halo de nostalgia, señala: "Todos ganamos lo mismo; todos nos vamos a tener que ir. Todos estamos en la misma mierda".

V. La segunda muerte

En todas direcciones, rodeando a María Elena se encuentran los signos de su posible futuro. Infinitudes de oficinas salitreras y pueblos son asolados por el desierto y los curiosos que buscan llevarse un fragmento de un modo de vida que se extingue. Los que resisten desde la memoria, los que no se quieren ir, los que verán el cierre de la última salitrera se lamentan ante la ignominia: "Si ocurre lo que sucedió con Pedro de Valdivia, que de monumento nacional se transformó en vergüenza nacional, perderíamos nuestras raíces, porque a los pampinos no nos dejan pueblo ni siquiera para recordar, seríamos como un árbol al que han arran-

cado desde las raíces... basta una orden para que todo se convierta en polvo y el desierto recupere lo que siempre le ha pertenecido... borrar la historia del salitre por un fin de lucro, es como quitarle una página a la historia de Chile".

En los esqueletos de algunos pueblos y oficinas salitreras moran y vagan sus últimos guardianes. En Pedro de Valdivia, Benito Rojo habla con fantasmas, y en Chacabuco, Saldívar⁴ guarda y cuida la memoria propia y de sus compañeros, que alguna vez la ocuparon como prisioneros de guerra.

Tanto Benito como Roberto habitan un tiempo inmóvil. Sus vivencias, que comparten con cada visitante curioso, se remiten indefectiblemente a un tiempo pretérito y circular: son visitados permanentemente por hombres y mujeres que no han dejado de vivir nunca en sus recuerdos, que son carne, hueso y espíritu.

El primero relata: "Cuando venía por el recorrido, iba por ahí por el teatro, había un ánima parada en la plaza. Yo primero tire a asustarme, pero me dije: algo quiere. Yo me acerqué, y le pregunté qué quería. Quería que le prendiera unas velitas y yo le dije le voy a prender dos paquetes de vela para que usted me acompañe donde yo ande y no me suceda ninguna cosa. Se perdió y no me salió más".

Roberto, por su parte, recuerda con emoción cada vez que desde el pasado emerge un nombre y una cara que vuelve después de años de exilio a reconocerse junto a él en la imagen de los días infaustos. (Emerge el recuerdo de Mario Céspedes, el historiador comunista, el que le hacía a los militares los discursos para celebrar las efemérides nacionales). Vuelven acompañados por sus hijos y nietos, en carne y hueso y con más de veinte años de ausencia los viejos prisioneros, a recorrer las calles desiertas que alguna vez fueron testigos de su tragedia y sus esperanzas.

Después de una botella de vino y un millón de recuerdos, estos fantasmas también se van.

Sólo Benito y Roberto se quedan a recrear los quejidos del pueblo saqueado que pocos escuchan.

VI. La estructura de la memoria

Desde el acto de narrar y recuperar la historia arrancan varias versiones posibles de los acontecimientos. Esa expresión diversa de describir y redescibir el espacio constituye la memoria, la que simboliza y da cuenta del tiempo socialmente significado a través de la vivencia directa e indirecta, y de la propia inserción del narrador

en la trama de los acontecimientos, lo que se constituye en fuente de saber, recuperación y recreación de sucesos de otros tiempos, lo que abre la posibilidad de transmitir el acervo cultural a las nuevas generaciones. En este sentido, se genera un proceso bidireccional entre pasado y presente. Desde el aquí y el ahora se arrastra al pasado, el que se hace presente bajo la forma de recreación, dando forma a la memoria para precipitar lo que antropológicamente llamamos identidad, ese saber que une a los hombres y los tiempos, que enlaza a las generaciones y que marca fronteras de inteligibilidad interna y externa de la comunidad a la cual se pertenece, sin entender por ello una esencia.

La memoria trae a presencia los intangibles que todo hombre guarda, recuperando desde el pasado las formas de interpretación de los acontecimientos que es necesario recordar y preservar, convirtiéndose en la posibilidad de explicación de la realidad presente. Así, entre el ayer y el hoy, y de manera dispersa, afloran tiempos cortos y extendidos que abarcan la participación individual y colectiva en distintos sucesos y acciones, los que al remontarse hacia el pasado pueden llegar a enlazar a varias generaciones. Por ello, la memoria instalada en el devenir tiene la posibilidad omitir y exaltar, recordar y callar, pues explica las condiciones históricas y materiales en las que se ha realizado la vida en forma individual y colectiva, delimitando en el discurso la proporcionalidad entre lo vivido y no vivido en relación al espacio y el tiempo.

De modo que, la memoria se mece como una varilla en medio del ojo de una tormenta, siendo el recuerdo la impronta de la negociación cotidiana de las condiciones sociales y económicas. Es la memoria expuesta a la historia la que se quiebra y repara infinitas veces para producir recuerdos específicos.

Los recuerdos de la memoria son como las plantas (Augé 1998). Hay algunos que deben eliminarse con celeridad para que otros puedan desarrollarse, a transformarse, a florecer.

Así, entre recuerdo y olvido en esta labor de jardinería (ibid.), cobra vida el viaje, en enganche, el cierre, el cementerio, el accidente, el héroe, el ferrocarril, el cine y todos los objetos que me permiten redescibir la historia. El desierto, como metáfora privilegiada de la soledad y el vacío, como arquetipo de la totalidad y aislamiento, hace que se vuelvan fecundos algunos de estos recuerdos.

Por lo anterior, la memoria se constituye en una forma de presente permanente y de reiteración móvil de la originalidad de la tradición, ya que la forma de narrar y la

posición del sujeto nunca es igual ni la misma frente a un evento que se recuerda. Este saber, por tanto se transforma en memoria colectiva de la pampa cuando se transforma en social y cuando la comunidad los hace suyos al reubicar el pasado en el presente de acuerdo a las necesidades de éste y a las expectativas que se tienen sobre el tiempo que vendrá. De modo que, la narración del tiempo socialmente significado no es pasado en sentido estricto. Es un pasado vivo porque se resemantiza y recompone con jirones los otros tiempos.

Entonces, en una perspectiva de una existencia gestada en medio del absoluto y una memoria en movimiento, los habitantes de María Elena, concientes de ser el último pueblo salitrero de Chile, no pueden más que mirar el pasado desde el presente. Miran desde las certidumbres que les recorren, los rumores, las experiencias, sus mitos, sus fantasías, su épica, y por qué no decirlo, también desde la negación. En María Elena es el presente que amenaza su historia vivida e imaginada, quizá porque el fin de la épica salitrera y el mismo futuro se encuentra a pocos kilómetros de distancia y en todas direcciones.

Hoy, y a 75 años de la fundación del pueblo, enfrentan la posibilidad de convertirse en el último reducto salitrero en integrarse al panteón del abandono y el olvido que ha recorrido la pampa por más de un siglo. Por ello, a través del relato oral, como en el "viaje a la semilla" de Carpentier, despiertan de su sueño los monumentos derruidos, las viviendas y edificios institucionales saqueados, se sacuden de su letargo los imponentes cementerios abandonados y ultrajados que delatan la alta concentración demográfica, y la magnitud de la vida económica, laboral y cultural que alguna vez existió. También, cobra vida la más reciente de las historias: la imagen dramática de Pedro de Valdivia, el esplendoroso pueblo cerrado en 1996 y declarado monumento nacional, el que en menos de cinco años fue virulentamente saqueado por los traficantes de maderas nobles, y que como un barco deshuesado con sus vértebras desnudas, pareciera abandonado por más de medio siglo, lo que se transforma en el arquetipo del futuro posible

Cercados por el futuro, se revive el viaje, el ayer, el sueño, la esperanza y se entrecruza el retorno. También la muerte y el olvido; la epopeya de las páginas más heroicas de las conquistas sociales cobran vida inusitada. "Cachetón Avalos", según el relato, un eximio boxeador, emulado con rápido gesto de manos de "Ñato Esquivel", parece que no cesa de dar espectáculo. En el museo de María Elena, salen a relucir sus

fotografías como si fuera ayer: vestido elegantemente a la subida de un avión cuando integraba una delegación deportiva; de buzo, como un eximio atleta, un verdadero Adonis; o, retratado en un primer plano, casi para una página de vida social

Esquivel, un antiguo boxeador, se pone en guardia. Se queda en el pasado, le recorren mil imágenes. Dice que él puede recuperar el boxeo en María Elena, que él puede ser "el entrenador de una nueva selección... como esas de ayer", y así levantar al alicaído pueblo pues la "juventud tendría en qué entretenerse y no andar haciendo travesuras".

Parece que estuviera leyendo la crónica de la Revista Estadio, del 5 de mayo de 1954, sobre la práctica deportiva en María Elena, firmada por Pancho Alsina y titulada: "La buena moza de la Pampa". Ahí, atónito el articulista, después de hacer una barroca semblanza sobre la pampa y su gente, señala: "Voy a la cancha de fútbol, me acerco al campo de basketball, conozco el local de boxeo, el stand de tiro, y el diamante de béisbol. La pileta, las canchas de tenis. - ¿Y ciclistas? ¿Hay ciclistas también aquí?. Si que os hay. Me informan que en 1941 el corredor de María Elena Humberto Molina fue campeón chileno de medio fondo.... al lado de la cancha principal de fútbol se está levantando el velódromo.... pero hay pruebas de camino. Hay diez al año, por lo menos. En septiembre para las festividades patrias, se disputa "el Circuito del Salitre: María Elena - Tocopilla - María Elena" (1954: 10-11).

En este contexto, en medio del ayer y del hoy, en una analítica de la memoria entendida como fenómeno en curso, hombres y mujeres realizan un ejercicio a través del cual reinventan y recrean su historia, preterizando su futuro y refugiándose así en la mejor imagen de la comunidad que puedan recordar, omitiendo ciertas regiones de la vida social, exaltando otras, y generando una disolución socioespacial que implica una imagen idealizada de la comunidad. Es el fin de las certidumbres y la estabilidad -la que se expresa históricamente en trabajo seguro, vivienda, alimentos, recreación, educación y salud-, la que los impulsa como estrategia psíquicamente y socialmente estabilizadora a defender lo único que poseen: sus recuerdos.

Saben, por la experiencia histórica, que si deben irse, casi nada les pertenece. Todo lo que creyeron tener fue una ilusión.

De esta manera, podemos señalar que la memoria se plasma de una manera arqueológica, histórica, mítica, institucional y una de carácter utópica. La arqueológica, asociada a la materialidad que esconden principal-

mente los basurales, los cementerios y los vestigios de las antiguas oficinas, convirtiendo los objetos del salitre y su colección en simbólicos al vehicular un conjunto de ideas sobre su propia historia, permitiendo que esta se abra e interprete. La histórica, asociada al recuerdo de ciertos eventos como la inauguración de un cine, la visita de un personaje ilustre, una catástrofe o la hazaña de un héroe cultural que confirman lo importante que ha sido María Elena. La mítica, asociada a la recreación y movilidad de ciertos sucesos de carácter atemporal que no encuentran ni tienen punto cero en los cuales anclar, especialmente lo referido a seres sobrenaturales que habitan ciertas zonas de la pampa. La institucional, ligada a la producción de periódicos y revistas diversas que extraen historias misceláneas de publicaciones antiguas, realizando también entrevistas y recuperando algunas viejas fotografías, construyendo así una imagen de la comunidad pampina que empieza a oficializarse, en algunos casos reforzada por la visión académica. Y, finalmente, una memoria utópica, para significar los sueños individuales y colectivos referidos al futuro, como expresión paradisiaca y desiderativa -aunque no exenta de pesimismo- de lo que está por venir.

Notas

Este trabajo es resultado del Proyecto Fondecyt 1010325, "Memoria e imaginación en María Elena, el último pueblo salitrero de Chile. Una visión desde la antropología". (miranda_bown@hotmail.com)

- 2 Un cantón corresponde a la organización de un conjunto de oficinas en un área territorial común, vinculadas a una red principal de ferrocarril y a un mismo puerto.
- 3 Corresponde al apodo puesto por sus clientes desde los tiempos en que este utilizaba máquinas manuales para cortar el cabello. Este preguntaba a sus clientes ¿tira?, a lo que éstos respondían afirmativa o negativamente.
- 4 Dice que su apellido, aunque se escribe con z, lo escribe con s para diferenciarse de políticos a los cuales les guarda recelo.

Bibliografía

- Alsina, Pancho. "María Elena, la buenamoza de la pampa". En *Revista Estadio*, 5 de mayo de 1954.
- Augé, Marc. *Les formes de l'oubli*. Editions Payot, Paris, 1998.
- Bowles, Paul. *Cabezas verdes, manos azules*. Alfaguara, 1991.
- Diario "La Correspondencia". Tocopilla, 31 de marzo de 1925.
- Panadés, Juan. "Los pueblos fantasmas, una alternativa ante el monopolio de las oficinas salitreras", en *Hombre y Desierto*. Instituto de Investigaciones Antropológicas, U. De Antofagasta, N° 5, 1991.
- Rivera Letelier, Hernán. *La Reina Isabel cantaba rancheras*. Ed. Planeta, Santiago, 1997.
- Sabella, Andrés *Hombre de cuatro rumbos*. Nascimento, Santiago, 1978.
- Teitelboim, Volodia. *Hijo del Salitre*. LOM Ediciones, Santiago, 1996.

La Historia de Vida como Soporte de la Investigación Social

María Julieta Oddone y Dora Jiménez *

Este trabajo se basa en una investigación sobre ancianos pobres de dos comunidades rurales del Noroeste argentino. Se trabajó con la técnica de historia de vida que resulta especialmente adecuada para el grupo etáreo de esta investigación ya que permite al infor-

mante hacer una síntesis retrospectiva (reminiscencia) de su trayectoria vital. Esta técnica nos permitió: a) comparar las trayectorias y estrategias de supervivencia diferenciales de los actores de las dos comunidades estudiadas. b) construir conceptos y

* María Julieta Oddone - Investigadora - CONICET. mjoddone@mail.retina.ar Dora Jiménez - Profesional Principal - CONICET. puparelijimenez@ciudad.com.ar